

Hoy más que nunca

EL REPUDIO A LA DEUDA ES LA UNICA
SOLUCION POSIBLE

Domingo Alberto Rangel

Las condiciones internacionales transitan, con fuerza unánime, hacia la anulación de las deudas de la América Latina. Todo milita hoy hacia ese desenlace. Basta contemplar el panorama internacional para que esa convicción arraigue, con profundidad irrevocable, en cualquier mente analítica. Veamos para explicarnos, las tendencias presentes en la economía mundial que conllevan ya el germen del repudio a la deuda. Los países desarrollados del capitalismo están viviendo lo que podríamos llamar, en el lenguaje entre poético y realista puesto de moda por cierto periodismo, una brillante primavera. En ellos, va a acelerarse o se ha acelerado ya el crecimiento económico. Algunos analistas,

sucumbiendo al entusiasmo preludian ya el renacimiento de aquellos “milagros” de expansión económica que registró Europa hace dos o tres décadas. El crecimiento oscilará, según los cálculos más comunes, entre el 4 y el 6 por ciento, que son cifras excepcionales tras la larga crisis que agobia al capitalismo desde hace trece años. La inflación ha sido vencida. Hasta un país tan recalcitrante en sus alzas de precios como Francia, gozará de sorprendente estabilidad en ese terreno. La producción industrial, acicateada por la espléndida perspectiva, aumentará al galope. No será igual la suerte del empleo porque los cambios tecnológicos han acentuado la cicatería de la industria para enganchar mano de obra. Pero de todas maneras, el comercio internacional vivirá una nueva hora estelar. Así lo aseguran los pronósticos de los institutos de investigación en las dos orillas del Atlántico que los “magazines” de gran circulación corean con júbilo. Desde los primeros años de la década pasada, jamás había reinado un optimismo más desbordado. Quizás la síntesis de todo este cuadro de buenos augurios para los países desarrollados sean las cotizaciones de la bolsa de Nueva York, donde tras un retroceso momentáneo en enero, impera el frenesí de las alzas que batan todos los records. Pero esta tesis brillante tiene una dolorosa antítesis en la situación del Tercer Mundo.

El Tercer Mundo: Calvario persistente.-

Mientras en los grandes países industriales la economía bulle hacia el ascenso que vendría a clausurar la recesión allí reinante desde hace algunos años, en el Tercer Mundo se acentúan las dificultades. El descenso de precios de las materias primas, prosigue la ruinoso tendencia que trae desde hace varios años. Para el azúcar, las cotizaciones de la bolsa de Londres continúan siendo, en poder adquisitivo, las más bajas de toda la historia. El estaño ha dejado de cotizarse en los mercados internacionales por la abrumadora abundan-

cia que lleva a la desaparición de todo interés por comprarlo. Otros metales siguen anclados en los precios, ya muy deprimidos, de años atrás. Apenas el café sobresale, revocando esta tragedia, porque la sequía del Brasil engendró una espiral alcista en las plazas compradoras. Pero en el campo de los productos agrícolas, los enormes excedentes que guardan Europa y los Estados Unidos constituyen una espada de Damocles que conspirará contra toda esperanza de un alza de los precios. Para encontrar una situación tan aflictiva habría que tender la mirada hacia la crisis de 1929. Desde que se llevan registros de precios para las materias primas y productos alimenticios son pocos los momentos que pueden equipararse con éste de profundas caídas que está soportando el Tercer Mundo. Pero nada supera, en la lista de calamidades de nuestros países, a la baja del petróleo. Es el "shock" negativo de mayor amplitud y de más dilatadas consecuencias en el firmamento internacional. Los exportadores de petróleo perderán este año unos setenta mil millones de dólares si los crudos, en su caída, se detienen en los farallones de los quince dólares por barril. Más abajo las mermas de ingreso frisarían en las proximidades de los cien mil millones. Así como hace trece años el ascenso del petróleo fue el movimiento de mayor envergadura que hubiese registrado la historia del comercio internacional desde los remotos tiempos de los piratas, la caída de ahora constituye la tragedia de más alcance que divisa la vista. Para medir lo que significa el infortunio petrolero tendríamos que volver a la primera que balbucea en los países desarrollados. Según "Business Week" todo el brote de crecimiento que ya se prelude obedece a la baja del petróleo. Ese ahorro de setenta mil millones de dólares restituirá fuerzas a la acumulación de capital en los países industriales, elevará la capacidad de consumo, abaratará los costos de producción y brindará impetus inusitados al comercio internacional. Es el Deus ex Machina, la potente panacea que devolverá la salud a cuerpos agarrotados por el estan-

camiento. Todo el renacimiento económico ahora acelerado tiene su causa, aparente o real, en el colapso de los precios del petróleo que viene, como tantas otras cosas, de los socavones del Tercer Mundo. El panorama que se perfila es terminante. El mundo capitalista tendrá dos esferas muy netas, la del próspero renacer de los buenos tiempos, con el auge de los países industriales, y la del abatimiento del Tercer Mundo atenazado por la depresión de sus productos exportables. Suertes dispares se vislumbran en los horizontes.

Materias primas por deuda, una solución eventual.-

Frente a este confín que ya se dibuja, la lógica apunta, sin que los señores Aristóteles y Hegel hagan ningún esfuerzo, la solución que podría estar germinando para el problema de la del Tercer Mundo y más concretamente, la de América Latina. Los países desarrollados van a ahorrarse, ya desde este año, más de cien mil millones de dólares por la caída de las materias primas y entre ellas, con destacado perfil, el petróleo y el gas. Esa suma la perderá el Tercer Mundo. Quien haga cálculos muy elementales, pero siempre ciertos como son las cosas simples, encontrará una similitud providencial entre la ganancia de los países desarrollados y la carga de la deuda que gravita sobre el Tercer Mundo. Es bien sencillo. El Tercer Mundo adeuda unos setecientos mil millones de dólares a los países avanzados del capitalismo. A la tasa de interés vigente en el mercado de Nueva York, 7,5 por ciento según los últimos movimientos registrados en ella y suponiendo una cuota de amortización del 5 por ciento, el desembolso por el servicio de la deuda alcanzaría a unos ochenta y cinco mil millones de dólares aproximadamente. La coincidencia con la cantidad que ahorrarán los países industriales por la baja del petróleo es casi exacta. No se necesitaría mucha sagacidad o mucho ingenio jurí-

dico para proponer que la suspensión de los pagos por concepto de intereses y amortizaciones sea una respuesta ineludible y justa a la baja de las materias primas. Ya el Tercer Mundo, con la catástrofe de sus productos primarios en el mercado internacional, está pagando lo que habría de corresponderle en los términos de los compromisos contraídos al contratar la deuda o renegociar las fórmulas para su cancelación. Desde el punto de vista económico un país que cumple las obligaciones emanadas de una deuda incurre en una privación. Al destinar sus divisas a la cancelación de aquel compromiso, se ve forzado a renunciar a artículos o bienes extranjeros que requiera su economía. Ese efecto ya está ocurriendo con la caída de precios en el campo de las materias primas que mengua el ingreso y pone un límite inesperado y rudo a las importaciones. El colapso de nuestros precios representa, desde el ángulo de su efecto, uno como pago solapado pero siempre doloroso de la deuda externa. Cuando se desplomó el petróleo desde enero ocurrió como si Venezuela hubiera decidido en aquel momento servir todos los compromisos dimanantes de su deuda exterior. Exigirle ahora el pago de los intereses tal como estaba previsto sería una cruel redundancia. Es como si pagaríamos dos veces. En las mismas condiciones están casi todos los países latinoamericanos. Sólo el Brasil y Colombia entre los deudores tienen una condición diferente por el alza del café y el abaratamiento de su factura petrolera. Cuando el mercado mundial, que no es tan ciego como dicen los tontos de la Economía, decretó la baja de nuestros productos primarios de exportación ponía debajo del mausoleo de la deuda un taco de dinamita. No hay argumento válido frente a la tesis de equiparar la baja de las materias primas al pago de la deuda. Al fin y al cabo, los recursos para cancelar las deudas vienen del ingreso de exportación que nos proporcionan los artículos destinados por nuestras economías al mercado internacional. Si el ingreso cae, la misma suerte deben seguir los desembolsos exteriores, en los cuales el servicio de la deuda

es tan grande que él solo, para Venezuela o para América Latina, equivale a las pérdidas inferidas por la calamidad del petróleo menguante.

¿Cómo evolucionará la cuestión?

Las vicisitudes de la América Latina y de Venezuela están modificando el cuadro internacional que ciñe a la deuda y determina su suerte. Hace un año apenas parecía un exabrupto plantear no ya el repudio a la deuda. Era delictuoso entonces sugerir una moratoria. Todo lo que alterase el derecho quirritario de los acreedores a reclamar lo suyo en los términos y en las cantidades pautadas significaba una rebelión contra la Divinidad. La clesipdra del tiempo ha diluido esas zarandajas.

Anchas brechas han aparecido en la pared de los intereses internacionales que servían de perro guardián a la intangibilidad de la deuda. La crisis misma, al profundizarse, ha multiplicado las vacilaciones frente al dogma del pago. Desde 1985, la situación de los países subdesarrollados no cesa de empeorar. Todas las esperanzas que hizo sustentar el Fondo Monetario Internacional, cuando proponía sus programas en el cual figuraba el pago puntual de la deuda, se han desvanecido. El propio Fondo en sus últimos informes anuales (World Economic Outlook) no puede reprimir una cierta angustia -hasta esas alturas pétreas llegan las cuitas- por la persistencia de la recesión y sus efectos en el mundo subdesarrollado. Fue ese el clima que llevó a la aparición de la tesis de Alan García, quien limitó el servicio de la deuda peruana a un porcentaje de las exportaciones de su país. No era una tesis propiamente revolucionaria. Pero significaba una saludable duda. Después se han producido colapsos o frustraciones que reforzarían las posiciones insurgentes o remisas. Dos países latinoamericanos están jugando o van a jugar un papel de-

cisivo por la relevancia que ostentan y por la índole de los problemas que suscita su deuda. México, el primero de ellos, fue presentado por la banca internacional y por los Estados Unidos, como el niño ejemplar de la escuela por haber refinanciado su deuda y por su disposición temprana a pagarla en los términos de sus convenios de refinanciamiento. Pero como dice el Chavo no contaban con su astucia. El petróleo se derrumbó hace dos meses y ahora México, no sólo rueda hacia una insolvencia manifiesta. Quizás no tenga cómo atender sus necesidades más perentorias. No se sabe cuáles serán los arbitrios a que acudirá ese país para financiar las importaciones de sus alimentos más elementales cuando su renta petrolera ha caído ya en proporciones de crispamiento. El otro país es el Brasil al cual se le sedujo con la idea de su gran capacidad exportadora que llevaría a una elevación inmediata de sus ingresos internacionales. El alza de las exportaciones brasileñas y sus excedentes en la balanza comercial se estancaron en 1985 pese a los esfuerzos titánicos de su economía para penetrar en los espacios abiertos del comercio exterior. Ni Brasil ni México podrán cumplir los esquemas de refinanciamiento, el uno por la dificultad de abrirse camino en el mercado internacional en las proporciones que exige su abultada deuda y el otro por la cruel incidencia del petróleo en su esquema internacional.

Los Estados Unidos, ciudadela de la codicia internacional, están admitiendo con la hipocrecía de los que sienten la imposibilidad de alcanzar un objetivo precioso, la situación de embotellamiento a que se ha llegado en la cuestión de la deuda. El Plan Baker, de su Secretario del Tesoro, no es otra cosa que ese atributo que el vicio paga a la virtud. Imaginar una limosna para distribuirla entre los países endeudados es repetir aquella caridad cristiana con que la Iglesia quiso disimular la pobreza sin eliminarla. Es una confesión de que la pobreza existe. En este caso un reconocimiento

torpe y tardío a un problema que ya tiene ribetes clamorosos. No es difícil prever la evolución de los acontecimientos en los próximos años. Los países latinoamericanos y los del Tercer Mundo en general retardarán el pago de los intereses y amortizaciones porque las circunstancias prevalecerán sobre la letra escrita de los convenios, aún de los más recientes. Uno tras otro, todos los países endeudados apelarán al "sagrado egoísmo", que ha sido monopolio de las grandes potencias, para cubrir su retirada. Las grandes naciones acreedoras no podrán ripostar con el cabestro de las represalias. Cuando una situación se generaliza dejan de ser posibles las sanciones penales. Pero es que en las circunstancias del Tercer Mundo, los países acreedores cometerían un suicidio si reaccionan con las viejas armas de la retaliación comercial. La crisis del Tercer Mundo se agravaría de tal manera si los acreedores apelan al bloqueo o al embargo que sería inevitable una perspectiva revolucionaria. Si ya en estos momentos Estados Unidos y Europa miran con pánico lo que puede ocurrir, no es difícil suponer el horror que despertaría el colapso forzado por la aplicación de sanciones a países del Tercer Mundo que se vean obligados a suspender el pago de sus deudas. El embargo afecta tanto al país que lo acuerda como a aquel que lo sufre. Los rivales del que decide un embargo pronto llenarán el vacío porque ven en la situación una oportunidad para mejorar sus relaciones mercantiles. Así ha acontecido a lo largo de este siglo donde los bloqueos y embargos terminaron en la más absoluta inocuidad.

¿Cuáles serán las modalidades de la rebelión de los deudores?

La rebelión contra la deuda va a asumir en los próximos meses o a más tardar en los próximos años, modalidades distintas pero concordantes en cuanto a la suspensión de los pagos como antesala del repudio. En países como Venezuela, el asunto pasará por un túnel, el que abre la cláusula

la de contingencia. Como la mano del petróleo nos apretará este año, es imposible el pago en los términos admitidos por el doctor Lusinchi en el convenio del 26 de febrero bautizado ya como día de la entrega. Casi a diario, a la manera del que pasa por el banco a pedir alguna gracia, nuestro país exigirá de los banqueros la posposición o el moderamiento en el pago de los intereses. La coyuntura petrolera con precios que, si tenemos muy buena suerte, se estabilizarán alrededor de los dieciocho dólares, evaporará aquel orgullo de Lusinchi cuando dijo que Venezuela pagará hasta el último centavo. De la cláusula de contingencia así invocada por fuerza de las circunstancias, será fácil pasar a nuevos acuerdos o a la anulación tácita o expresa de los compromisos. Costumbre hace ley decían los viejos juristas. Cuando un país deja de pagar o retarda consuetudinariamente sus pagos, todos los convenios van pasando al olvido como si les cayera una polilla invisible. En otros países, los que no tienen cláusula de contingencia surgirán dos situaciones. O plantean la necesidad de una perentoria renegociación o dejan de pagar. No hay más alternativas. Podría haber situaciones excepcionales como la del Brasil por un tiempo. Ese país recibirá un ingreso singularísimo por el alza del café y al mismo tiempo ahorrará unos mil millones de dólares en sus importaciones petroleras. Pero su deuda es de todas maneras tan descomunal que su posición no resultará decisivamente mejorada por tales acontecimientos. Todo esto confirma el "slogan" o mote de la Conferencia de La Habana, la deuda de América Latina es impagable. Desde el punto de vista económico es insoportable, en el ángulo moral es injustificada y en el plano político se inicua. Cuando estas palabras se pronunciaron hace menos de un año parecían quijotescas o inverosímiles. Hoy empiezan a aceptarse como reflejo de realidades cruciales y evidentes. Las pérdidas por concepto de vicisitudes de precios alcanzan para América Latina en el presente año a unos veinte mil millones de dólares. Esa escueta cifra significa que la merma representa

casi los dos tercios de lo que el continente debería pagar si obtuviese las mejores condiciones de refinanciamiento. ¿Es necesario argumentar más?. Solo falta simplemente que los acontecimientos actúen como no dejarán de hacerlo en los meses venideros cuando el problema agravado acrecienta y destruya todas las ilusiones.

Queda un punto muy importante que preocupa a quienes entre nosotros piensan como si fueren agentes de la banca internacional, esos caballeros que tienen mentalidad de acreedores porque pertenecen o están ligados a nuestro complejo financiero que es socio o "carnal" de sus homólogos del exterior. Si Venezuela no paga y otros países de la América Latina asumen el mismo patrón de conducta, la banca acreedora puede quebrar, dicen los que tienen su corazón o su bolsillo en otras latitudes. Pamplinas. La deuda del Tercer Mundo o de la América Latina es grande para nosotros e impagable. Pero resulta una fruslería para el complejo transnacional de los grandes países. Basta unas cifras para probarlo. Adeudamos unos 400.000 millones de dólares. Esa magnitud encarna un poco más del 10 por ciento del Producto Nacional Bruto de los Estados Unidos y menos del 5 por ciento del que corresponde al conjunto de los países industriales del capitalismo. En otras épocas las sumas que se adeudaban a los bancos, en situaciones de crisis, fueron mucho mayores. Para 1929, los agricultores y los industriales de los Estados Unidos tenían con su propia banca una deuda más abultada. Vino una cesación de pagos como corolario de la grave crisis de aquella época. Quebraron pequeños bancos provincianos. Pero los grandes megaterios financieros de Nueva York soportaron la coyuntura. La insolvencia de nuestros países, de eso se trata ahora, no acarreará ningún colapso. Si hubiese alguna duda, la disiparía el marco en que se mueve ahora el petróleo. Los países petroleros dejarán de percibir, como ya dijimos, unos setenta mil millones de dólares por año. Es lo que cobrarían los ban-

cos si la deuda del Tercer Mundo se pagase conforme a sus estipulaciones. Ese ahorro dejará en los circuitos de los países importadores de petróleo recursos monetarios que de ser otros los precios del producto serían retenidos por los exportadores del crudo. Los bancos internacionales manejarán esa masa monetaria. De tal manera su liquidez tenderá a mejorar. Podrán hacer más préstamos o responder a sus depositantes si hubiere alguna duda sobre su solvencia financiera. Resultará más o menos viable el manejo de la situación. No debe olvidarse algo elemental pero que suele pasar desapercibido en los análisis periodísticos. Se cree y es una especie disuasiva puesta a circular con ánimo intimidante, que si el Tercer Mundo no paga sus deudas los depositantes acudirán en masa a retirar sus fondos de los grandes bancos. Eso puede ser cierto. Pero no podrían colocar el dinero que rescaten en los colchones de sus camas o en el pañuelo anudado. El que saque un dólar depositado tiene que llevarlo a otro banco o instituto de crédito. Los tiempos de atesoramiento en la casa pertenecen al más remoto pasado. Lo que pierda un banco lo ganarán otros sin duda. Y el sistema en su conjunto mantendrá su vigor. La idea del derrumbe es ahora menos posible que nunca y en todo caso se esgrime con ánimo de crear el pánico entre los países deudores. Siempre en la historia se jugó con el miedo de los esclavos a la destrucción del orden que los exproliaba. El hambre, como consecuencia de la destrucción de la propiedad esclavista, fue una catástrofe con la cual se quiso paralizar el brazo insurgente. Anular o repudiar la deuda es hoy una perspectiva más cercana que nunca. Con ello romperíamos el grillete de la moderna esclavitud.

Tomado del Suplemento Cultural No. 938
editado por el Diario "ULTIMAS NOTICIAS"
el día 13 de abril de 1986.

